

ES

EDITORIAL

Ciudad ciudadana

La política temporal neoliberal elimina el tiempo del otro, que por sí mismo sería un tiempo improductivo. La totalización del tiempo del yo viene acompañada de la totalización de la producción, que hoy abarca todos los ámbitos vitales y conduce a una explotación total del hombre. [...] A diferencia del tiempo del yo, que nos aísla e individualiza, el tiempo del otro crea una comunidad.

Byung-Chul Han¹

En una recopilación de artículos originalmente publicados en la prensa alemana a principios de los años sesenta, H. M. Enzensberger² describe sarcásticamente un ficticio juego de sobremesa para burgueses escépticos y aburridos; ante el primer comentario del tipo «que mal está todo, deberíamos emigrar», propone sacar un mapa del mundo y pedir a los presentes que ordenen los países en función de su valoración como destino de su propia emigración/exilio: sólo viaje de ida. Tras describir las posibles consideraciones que todos ellos (socialdemócratas, comunistas, hippies, ecologistas, etc.) van desgranando para decidir su lista, el resultado es que ni el maoísta elige China, ni el comunista la URSS, ni el hippie Katmandu, etc. (excepto algún ingenuo utopista despistado...) porque ya resulta imposible optar por países sin libertades individuales, separación de poderes, gestión democrática, buenos sistemas educativos, de salud, de pensiones etc. Aún reconociendo las carencias y deficiencias en la ejecución de esos principios en nuestras sociedades concretas, en palabras del autor, todos terminamos siendo «eurocéntricos a pesar nuestro». Motto reiterado, cincuenta años después, por la intensificación de los flujos migratorios y de exilio, particularmente hacia esa Europa aburridamente insuficiente. Y más todavía cuando el último Informe mundial sobre la protección social recientemente publicado por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) señala que el 55% de la población mundial (fundamentalmente en Asia y África) no tiene ningún tipo de protección social, el más claro parámetro para hablar de calidad de vida. Esa Europa —a pesar de todas sus deficiencias— sigue estando en las posiciones más altas del ranking de protección social. Difícilmente, barreras políticas y administrativas arbitrarias —entre otras, fronteras de toda clase— detendrán las aspiraciones de personas cada vez más conscientes de su condición de desprotegidas, discriminadas y excluidas que a su vez saben de sociedades vecinas —y hoy el planeta entero ya es un vecindario— donde sus ciudadanos ya disfrutan de esa protección social en mayor o menor grado. Tal como ha ocurrido a lo largo de la historia de la humanidad, personas y grupos buscarán su reubicación por todos los medios si sus sociedades de origen no se transforman en la dirección de sus aspiraciones a una vida mejor.

Análogamente, podemos hablar de los imparables flujos del campo a las ciudades, acelerados en este último siglo. Su condición de denso agregado de complejos industriales, manufactureros y de servicios, crecientes desde el inicio de la revolución industrial, ha demandado contingentes de trabajadores cada vez más formados y con destrezas cada vez más sofisticadas. Ciudades que han alcanzado el tamaño de pequeños y medianos estados que atienden necesidades y consumen recursos en consonancia. Pero el capitalismo globalizado constituye una nueva fase claramente diferenciada y caracterizada principalmente: por una mirada cortoplacista; por centrar las inversiones en la adquisición de activos financieros y derechos de propiedad de toda índole en detrimento de la producción de bienes y servicios; por la apropiación de las ventajas derivadas de la robotización; y por aprovechar su posición omnicompreensiva, única y de dominio para actuar por encima o al margen de regulaciones políticas y administrativas que en el mundo actual se dan sólo de manera fragmentada y coyuntural. Este capitalismo se ha convertido así en una segunda naturaleza, o mejor todavía, en su sustituta, que fagocitándolo todo, ha terminado alienando a la persona como no pudieron ni siquiera imagi-

1. Byung-Chul Han (2017): La expulsión de lo distinto. Herder, Barcelona. p. 123.
2. Enzensberger, H. M. (1969): Migajas políticas. Anagrama, Barcelona.



nar los mejores críticos del capitalismo en sus comienzos. Una naturaleza como principio de realidad y ante la cual el ser humano, la persona, el ciudadano queda inerme, sin recursos ni alternativa.

Mercantilización y privatización han deteriorado aún más y fundamentalmente el entramado de vínculos sociales de las ciudades, incrementando las desigualdades a partir de una mayor vulnerabilidad de sectores cada vez más amplios, y segregando y expulsándolos a la pobreza y a la desprotección, y es por ello que David Harvey argumenta que estamos ante una «crisis de urbanización», reclamando que pensemos otra ciudad. Necesitamos reconstruir entre todos los ciudadanos un nuevo contrato social que nos aleje y proteja de la ley de la selva, de esa nueva naturaleza, a partir de la participación inclusiva con la mirada puesta en los ideales de justicia social; con garantías de seguridad y protección de todos los ciudadanos y donde se redistribuya razonablemente la riqueza acumulada de manera distorsionada por ese capital depredador. Donde las instituciones —públicas y privadas— estén al servicio del ciudadano y no al revés. Una ciudad que satisfaga óptimamente las necesidades humanas de habitación, descanso, trabajo y esparcimiento, y sobre todo de estímulo para el desarrollo personal y social de todos sus ciudadanos: «la sociedad venidera podría llamarse una sociedad de oyentes y de los que atienden».¹

Castelló, diciembre de 2017.